

REFLEXIÓN SEMANAL

V Domingo de Cuaresma

Is 43, 16-21; Sal 125; Fil 3, 8-14; Jn 8, 1-11

Más Jesús se fue al monte de los Olivos. Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?" Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra." E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús le dijo: "Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?" Ella respondió: "Nadie, Señor." Jesús le dijo: "Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no piques más".

Esta semana las lecturas nos sirven como introducción a la próxima semana de la Pasión, ya que con una gran insistencia, y desde hace tres domingos, se nos viene revelando el retrato misericordioso de Dios Padre que se manifiesta de manera concreta a través de Cristo, el Hijo Amado que busca de diversas maneras llegar a cada uno de nosotros, para hablarnos al corazón, y renovar nuestra vida. Al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «...En la línea de lo que la liturgia nos propuso el domingo pasado, la página evangélica de hoy nos ayuda a comprender que sólo el amor de Dios puede cambiar desde dentro la existencia del hombre y, en consecuencia, de toda sociedad, porque sólo su amor infinito lo libra del pecado, que es la raíz de todo mal. Si es verdad que Dios es justicia, no hay que olvidar que es, sobre todo, amor: si odia el pecado, es porque ama infinitamente a toda persona humana. Nos ama a cada uno de nosotros, y su fidelidad es tan profunda que no se desanima ni siquiera ante nuestro rechazo...» (Benedicto XVI, Homilía en la Parroquia Romana de Santa Felicidad e hijos, Mártires, 25 de marzo de 2007).

A estas alturas del tiempo de cuaresma se nos ha descubierto nuestra condición pecadora, bien por transgredir la ley, como el hijo menor, el hijo pródigo; bien por idolatrar la ley, como el hijo mayor con sus grandes fidelidades, y se nos ha puesto de manifiesto que a pesar de nuestra condición pecadora el amor de Dios hacia nosotros, tal y como somos, es fiel. Tal como el Padre perdona a uno y a otro hijo, también Jesús perdona a la mujer adúltera, y desvela las oscuras intenciones del corazón de los escribas y fariseos, quienes encerrados en la ley y en el cumplimiento querían lapidar a esta mujer. Ante este despiadado legalismo se nos pone frente a la misericordia de Jesús para con la mujer adúltera, misericordia que es signo de contradicción para la inteligencia de los fariseos y escribas.

El Papa Benedicto XVI comentando este pasaje evangélico dice: «...Los despiadados acusadores de la mujer, citando la ley de Moisés, provocan a Jesús preguntándole si está bien lapidarla. Conocen su misericordia y su amor a los pecadores, y sienten curiosidad por ver cómo resolverá este caso que, según la ley mosaica, no dejaba lugar a dudas. Pero Jesús se pone inmediatamente de parte de la mujer; en primer lugar, escribiendo en la tierra palabras misteriosas, que el evangelista no revela, pero queda impresionado por ellas; y después, pronunciando la frase que se ha hecho famosa: "Aquel de vosotros que esté sin pecado que le arroje la primera piedra" (Jn 8, 7) y comience la lapidación. San Agustín, comentando el evangelio de San Juan, observa que "el Señor, en su respuesta, respeta la Ley y no renuncia a su mansedumbre". Y añade que con sus palabras obliga a los acusadores a entrar en su interior y, mirándose a sí mismos, a descubrir que también ellos son pecadores. Por lo cual, "golpeados por estas palabras como por una flecha gruesa como una viga, se fueron uno tras otro" (In Io. Ev. tract. 33, 5)...» (Benedicto XVI, Homilía en la Parroquia Romana de Santa Felicidad e hijos, Mártires, 25 de marzo de 2007).

Ante las palabras: «...el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra...», Jesús nos lleva a interiorizar en nuestra propia conciencia, en nuestra realidad profunda de pecadores que tantas veces no aceptamos o no queremos ver. Nuestra incapacidad de amor nos lleva a una perversión del corazón: por el orgullo, la autosuficiencia, la confianza absoluta en unas normas y tradiciones, que nos convierten en dioses, y nos llevan a vivir juzgando, condenando y disponiendo de las vidas de los demás, censurando y condenando, muchas veces, la actitud misericordiosa y comprensiva del Padre y de Jesucristo.

«...Jesús no entabla con sus interlocutores una discusión teórica sobre el pasaje de la ley de Moisés: no le interesa ganar una disputa académica a propósito de una interpretación de la ley mosaica; su objetivo es salvar un alma y revelar que la salvación sólo se encuentra en el amor de Dios. Para esto vino a la tierra, por esto morirá en la cruz y el Padre lo resucitará al tercer día. Jesús vino para decirnos que quiere que todos vayamos al paraíso, y que el infierno, del que se habla poco en nuestro tiempo, existe y es eterno para los que cierran el corazón a su amor. Por tanto, en este episodio comprendemos que nuestro verdadero enemigo es el apego al pecado, que puede llevarnos al fracaso de nuestra existencia...» (Ibidem).

La adúltera quedó sola con Jesús, que le preguntó: «...Mujer ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado?...». La delicadeza e inteligencia de Jesús son admirables: pregunta de tal manera, que pone ya en los labios temblorosos de la mujer la respuesta, que le devuelve su honra y su honor: «...Ninguno, Señor...», entonces Jesús despide a la mujer adúltera: «Vete, y en adelante no peques más». Le concede el perdón, para que "en adelante" no peque más. Al respecto San Agustín nos dice: «...quedaron sólo ellos dos: la miserable y la misericordia...» (In Io. Ev. tract. 33, 5). Esta frase de Jesús contiene y resume el espíritu con el que celebramos esta quinta semana de cuaresma, tal como Isaías, en la primera lectura, lo ha profetizado: «...mirad que realizo algo nuevo.

No recordéis, pues, lo de antaño, tus pecados y debilidades, no penséis en lo

antiguo...». Y aquella mujer comenzaría a sentir, porque experimentaba una mirada que la quería y comprendía, que se abrían caminos nuevos en el desierto de su vida. Aquí se pone de relieve que sólo el perdón divino y su amor recibido con corazón abierto y sincero nos dan la fuerza para resistir al mal y "no pecar más", para dejarnos conquistar por el amor de Dios, que se convierte en nuestra fuerza y en el único y verdadero apoyo en la vida del creyente.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar